



Panorámica parcial desde el *Mirador de los Suspiros* – Alanís-

## **La niña del aymé y el mirador de los suspiros**

Una lágrima recorría su mejilla. Isabel presentía que algo pasaría en este viaje y que posiblemente ya no lo vería más. La partida del amor de su vida la embargaba y la llenaba de angustia, pues por Alanís se comentaba que el cólera morbo oriental<sup>1</sup> había causado cientos de muertes en Sevilla. Aunque Antonio gozaba de una formidable salud, pues estaba acostumbrado al rudo trabajo de arriero y a la vida al aire libre, siempre había la posibilidad de que se contagiara, porque su destino era el puerto de la capital, lugar por donde esta terrible enfermedad había entrado a la ciudad. Esta desazón nunca la había sentido y algo presentía, lo que hacía que esta despedida fuera distinta a las demás.

De la manga de su camisa sacó un pequeño pañuelo blanco rebordeado de un encaje de “puntillita”. Enjugó la lágrima y después lo agitó al viento para que él lo viera en la lejanía. El muchacho, pasado el regajo de *los colaeros*<sup>2</sup>, subía la primera cuesta del *camino a Cazalla* y antes de trasponer por el collado blandía su chapona<sup>3</sup> al aire devolviéndole la despedida. Miraba, con un nudo en la garganta, hacia la *ermita de San Juan* y en la lejanía podía ver el cuerpo de su amada y el vaivén de la prenda. Recordaba sus juegos de niño por la *fuelle de Santa María*; la cantidad de atardeceres que habían contemplado juntos desde esa puerta de la ermita; el primer beso en la mejilla que le había dado a Isabel, en aquel mismo lugar y tantos reencuentros sublimes y maravillosos tras cada viaje. El estar dos semanas sin verla rompía su corazón.

Antonio partía con su padre y su tío para Sevilla con la recua de mulas cargadas de azogue. Se trataba de un viaje muy especial, pues era el primero que daba con los nuevos vasos de hierro que sustituían a los antiguos baldeses<sup>4</sup> de piel empleados desde la antigüedad para transportar el mercurio. Cada mula portaba en sus serones de esparto dos vasijas de tres arrobas<sup>5</sup> cada una. Llevaban treinta acémilas cargadas, cinco de recambio y una con sus pocas pertenencias para el viaje. Tras pernoctar y estar un día en esta villa



para el aprovisionamiento, cambio de ropa y ver a familiares, retomaban el camino mulero que habían dejado.

Alanís era un punto estratégico en la ruta que el azogue seguía desde Almadén hasta las Reales Atarazanas de Sevilla. La ruta oriental que provenía de Azuaga antes de entrar en esta localidad se desdoblaba en dos caminos: el *carretero* y el *arriero*. En el primero los carros con bueyes pasaban por el *Cordel de los Carros* dirección Constantina y los que entraban en el pueblo salían por el *Camino a San Nicolás del Puerto*. De Constantina partían para Lora del Río, Alcolea, Brenes y La Rinconada hasta la capital, siendo el viaje más largo en distancia y tiempo, aunque más ventajoso en lo económico porque la carga era mayor. El arriero seguía por la *cañada de las Merinas*, Cazalla, El Pedroso, Cantillana y Sevilla. Este transporte salía algo más caro, pero era más rápido, pues las recuas de mulas tardaban la cuarta parte que los bueyes. Éstos tenían un gran inconveniente en época de verano y es que no podían bajar hasta la ciudad por la escasez de pastos para este tipo de ganado y por las enfermedades que contraían debido al calor. Del puerto de la ciudad, el mercurio partía en barcos hacia los destinos de Veracruz o Portobelo en la América española, desde donde se distribuía a todo el virreinato para obtener, de la argentita y por amalgamación, la plata.

Antonio vivía en la popular *calle Zorra* y provenía de una tradicional familia de arrieros, pues sus ancestros siempre habían vivido en la misma casa, cuyo corral daba al camino del castillo y era el adecuado para la entrada y salida de las bestias. Transportaban todo tipo de mercancías, pero fundamentalmente el azogue era su carga exclusiva en los inviernos y veranos, cuando los carros no lo podían hacer. Isabel, de familia de braceros del campo, vivía en la *calle de la Fuente*, en una casa próxima a ésta y que compartía con otra familia. Ambos, desde muy niños, jugaban por los alrededores con los demás chiquillos del barrio y a través de la casa de Antonio llegaban hasta *el castillo* y la *ermita de San Juan*. Ya, desde esa época, había alguna atracción entre ellos, pues siempre que podían se separaban del resto y jugaban aparte. Se llevaban estupendamente y su amistad era inquebrantable y cada vez mayor.

Para él apenas hubo escuela ni aprendizaje. Desde los nueve años ya empezó a ayudar en el avatar de la recua, facilitando el aparejado de los animales y la asistencia a las cargas. Había que sobrevivir y el duro trabajo y la briega con las tercas era el medio de vida de toda la familia. Mientras su padre y su tío salían de viaje, asistía con cierta regularidad a la escuela. Debía aprender lo fundamental para la vida: las cuatro reglas para defender la ocupación en el futuro, escribir su nombre y poco más. Isabel también tuvo la suerte de tener unos breves años de enseñanza. Su ilusión de vida era casarse, traer algunos hijos al mundo, ser buena esposa y madre, todo lo feliz que pudiera y sólo pensaba en hacerlo junto a Antonio, su íntimo amigo de toda la vida y al lado del cual se sentía valorada, plena y complacida.

Con unos doce años, descubrieron por primera vez la belleza de un atardecer primaveral en esta sierra morena. Sentados en la puerta lateral de la *ermita de San Juan*, en silencio, miraban hacia el monte *Hamapega*. El sol, semioculto por unas alargadas nubes pardas con vetas rojizas las rebordeaba con un halo amarillento, dejando escapar entre ellas unos rayos que creaban un ambiente resplandeciente y fascinante, y junto al sonido de cientos de pájaros que sobrevolaban el cielo buscando cobijo para pasar la noche en las oquedades de ambos edificios, formaba un cuadro bucólico y atrayente para aquellas dos almas llenas de inocencia. Sin darse cuenta se cogieron de la mano y así, uno junto al otro, contemplaron el parsimonioso ocaso del astro rey. Para ambos fue un atardecer inolvidable. Una extraña sensación había embargado sus espíritus sintiendo algo distinto el uno por el otro. Esa experiencia tan sublime permanecería persistentemente en sus pensamientos, lo que causaba en Antonio, siempre que por las tardes quedaba libre de quehaceres, el deseo de ver a Isabel y junto a ella subir a la ermita para contemplar, unidos y en silencio, los fascinantes atardeceres primaverales de esta serranía.

Fue un día de abril del año siguiente, estando el cielo salpicado de unos nubarrones que amenazaban tormenta subieron al mirador de sus sueños. Estando sentados en la escalinata, comenzó a llover. Antonio se quitó su jaqueta<sup>6</sup> de lona y se cobijaron bajo ella. Ambos, con las caras juntas, sintieron como sus corazones palpitan de forma diferente y el tiempo se detenía. Antonio dio un beso a Isabel.

Fue un beso en la mejilla, dulce y tierno como era él con ella. Así, muy juntos, quedaron un buen rato embelesados, hasta que un ensordecedor trueno los sacó de su modorra amorosa y prestos echaron a correr cerro abajo hasta sus casas. A este primer contacto siguieron otros, cada vez con más asiduidad e intensidad, pues el sentimiento de ternura y cariño que se profesaban desde la infancia fue dejando paso a otro más fuerte de atracción física y de amor, que ambos debían reprimir debido a la férrea moral que imperaba en la época.

Antonio, anteriormente, ya había realizado otros viajes a la capital. En uno de ellos compró a Isabel, en un colmado<sup>7</sup> de El Arenal, el pañuelo que ahora ella agitaba. Pero este porte era diferente. Su desasosiego y resignación no era tanto por la lejanía y los días que estaría sin verla, pues sabía que después el reencuentro sería maravilloso, sino por las noticias tan preocupantes que habían llegado de la ciudad. Una epidemia de cólera la azotaba y se contaban por cientos las personas las que morían de un día para otro. Los sepultureros no daban abasto y enterraban los cadáveres, cubiertos de cal, en fosas comunes. Esta enfermedad se desarrollaba en ambientes insalubres y poco higiénicos, que eran los que él debía frecuentar debido a su oficio. Tanto Isabel como él sabían esto y de ahí el malestar de ambos.

Pasaron más de quince días y los arrieros aún no habían vuelto. La angustia de Isabel se acentuaba y su presentimiento cada vez era más doloroso. De su mente no se evadía la idea de que algo había sucedido en la capital y que no iba a regresar. Temía perder al amigo de su vida, al hombre de sus amores, a su secreta pasión. Estando en su cocinilla junto al poyo sobre el que había un anafre de carbón, donde se calentaba un perol de aceite, se preparaba para realizar un poco de “fruta sartén”<sup>8</sup>, cuando se presentó, de improviso y dando alaridos de dolor, la hermana de Antonio. Ella sintió como un escalofrío recorrió todo su cuerpo y de momento pensó en lo peor. Y así fue. Antonio y su padre habían fallecido en Sevilla debido al cólera. Sólo su tío volvió. Isabel sintió un gran dolor en el pecho y que le faltaba el aire. Perdió el conocimiento y al caer se dio un golpe en la cabeza sobre el cajón de los cubiertos<sup>9</sup> que estaba tras ella. Un hilillo de sangre salió de su oreja y corrió por su cuello hasta el suelo.

Las largas pestañas de sus ojos se entreabrieron y una tenue luz llegaba a sus pupilas. Isabel volvió a la vida y vio gente alrededor de la cama donde yacía. No los conocía ni sabía muy bien donde estaba. No recordaba nada de por qué estaba allí y su sensación era de extrañeza. Pasaron varios días y su familia se afanaba explicándole lo que había sucedido, pero la muchacha no reaccionaba. Había perdido la memoria y además estaba como ida. Así fue pasando el tiempo y cada vez estaba más abstraída y enajenada. No hablaba con nadie y sólo emitía unos grandes y profundos suspiros rematados por un ¡*Aymé!*<sup>10</sup>. Sin embargo, en el interior de su mente había una poderosa fuerza que la empujaba a subir, casi a diario y por la tarde, a la ermita. Allí, sentada en la escalinata de su puerta lateral, seguía suspirando y con la vista perdida en el paisaje permanecía horas y horas esperando el atardecer, que cuando llegaba le producía una sensación de plenitud y tranquilidad, cambiándole el semblante y llenando su cara de alegría, la cual se perdía cuando alguno de sus familiares subía a por ella, ya que por sí sola no regresaba a su casa. Así pasaron años y los vecinos la tildaban de loca, comentaban su extraño comportamiento y para referirla la llamaban *la niña del aymé* y al rellano de la puerta de la ermita de *San Juan*, el *mirador de los suspiros*.

El tiempo siguió su curso y en el verano de 1854, el cólera morbo apareció en Alanís. *La niña del aymé* ya era una mujer adulta. Se podía adivinar que tenía hechuras y cara para ser una persona atractiva, pero su estado dejaba mucho que desear. Con el paso de los años y su autismo, la familia ya la había dado por perdida y la tenía abandonada. Suciedad y aspecto desaliñado eran sus señas de identidad. Más, en todos estos años, eso no le había impedido seguir subiendo a la ermita y contemplar sus atardeceres. Algo tenían que ella no podía explicar, pero que la llenaban de felicidad.

En una calurosa noche de agosto, Isabel se despertó con un inusual frío en la cara y las extremidades, a la vez que sudaba. Sus manos las sentía arrugadas y un zumbido intenso atormentaba sus oídos. Intentó levantarse de la cama, pero unos calambres en sus piernas se lo impedían. Sintió que algo muy malo le estaba pasando e instintivamente gritó: ¡*Madreeeee!!* La llamada de auxilio recorrió la silenciosa madrugada de aquella casa. La mujer súbitamente se incorporó y corrió a la habitación de su

hija, pensando que por fin había recuperado la memoria y salía de la locura que la poseía. Con la tenue luz de un candil se presentó en ella y al iluminar el camastro quedó petrificada. La cara de su hija era la de una finada. Sus grandes ojos los tenía hundidos y bordeados por un círculo lívido. Sus mejillas habían perdido su habitual tono rosáceo y estaban amoratadas, al igual que sus labios y uñas. Una vomito amarillento con vetas sanguinolentas salió de la boca de la muchacha. Sucesivas arcadas hicieron presa en aquel cuerpo casi extenuado y entregado al terrible enemigo. Así continuó hasta el día siguiente, donde al atardecer, la de la guadaña decidió recogerla. Dentro de su calamitoso estado físico, *la niña del aymé* se entregó a la parca con una sonrisa en los labios. En su mente veía el mas maravilloso de los atardeceres y lo gozaba como tantas veces lo había hecho junto a su amado Antonio, al cual vio, envuelto en un aura de dulce ternura, acercarse a ella y cogiéndola en sus brazos la llevó con alas de amor al cielo, dando así su último viaje.

En ese verano y en el siguiente, el cólera se ensañó con Alanís, al igual que en todos los pueblos de la provincia y la capital, y dejó diezmada su población. Fue destacable y admirable la entrega y ayuda a los enfermos del párroco Manuel Santarén Sancha, al que nuestro ilustre Francisco Rodríguez Zapata, desde la catedral de Sevilla, dedicó el siguiente soneto:

*Llegar no pude a superior altura  
De la cristiana caridad el vuelo  
Cuando te muestras de consuelo  
De un pueblo triste en horas de amargura.*

*Para él con presta y sin igual ternura  
Fueron tu pan, tu mano, tu devalo  
Noches y días, tu plegaria al cielo,  
Tu adiós llevado hasta la huesa impura.*

*Pastor celoso y padre diligente  
Tu grey te nombra en féridos loores  
Y así exclama al rendirte amor profundo:*

*“No bastan ya para ceñir tu frente  
Las que truncamos, aromosas flores;  
Que la heroica virtud no premia el mundo.”*

Esta historia la oí en mi niñez de labios de mi abuela, sentado en una sangajante<sup>11</sup> mesa de camilla con su jarra de agua sobre un pañito de croché, al calor de un brasero de cisco. Ella, por ser de una generación posterior a la protagonista, llamarse igual que ésta y haber vivido toda su vida en la zona de la fuente de Santa María, siempre la tuvo muy presente y cada vez que nos oía un gran suspiro exclamaba: *te pareces a la niña del aymé*. Provenía la historia de mi bisabuela, que fue casi coetánea de Isabel y la conoció en persona. Fueron unos hechos muy localizados e íntimos de ese barrio de Alanís y prácticamente olvidados. A comienzo del siglo XXI la reescribo con retazos de memoria, en homenaje a aquel amor sincero y eterno y para que no se pierda definitivamente en la vorágine de estos tiempos.

Alanís debe recuperar y poner en valor el “*El mirador de los suspiros*”, sitio privilegiado desde donde se divisa un soberbio paisaje compuesto por el *valle de los Coladeros*, el de *Matamoros* con el punto focal de la *ermita de Ntra. Sra. de la Angustias*, circundados ambos por una serranía que tiene su fin en los límites con Cazalla y Guadalcanal y como dominante absoluto el monte *Hamapega*, sobre el que se oculta el sol ofreciéndonos unos impresionantes atardeceres.



**Antonio Pérez Rodríguez**  
(difundiendo lo nuestro)  
febrero de 2013

#### Notación:

- 1) El *cólera morbo* es una enfermedad aguda y muy contagiosa, que se manifiesta con diarreas, retortijones abdominales, vómitos y calambres musculares, causando la muerte por convulsiones, colapso y congestión pulmonar en poco más de un día. Se desarrolla en ambientes insalubres y de hacinamiento de la población. Apareció en el Delta de Ganges en 1817. Se presentó en Sevilla por primera vez en septiembre de 1833.
- 2) El *arroyo de los coladeros* está a 1 Km de Alanís y es famoso porque en invierno y primavera era aprovechado por la gente del pueblo para lavar la ropa y solearla en las matas aledañas.
- 3) La *chapona* es una de chaqueta de loneta, que se usaba por aquellas personas de recursos escasos y que no podían tener traje.
- 4) Los *baldeses* eran unos sacos de piel de cabra que usados unos dentro de otros en número de tres, servían para trasportar el azogue.
- 5) La *arroba* era una unidad de peso que equivalía a 11,5 kilogramos.
- 6) La *jaqueta* era una chaqueta de lona resistente usada para el trabajo en el campo y otros de similar dureza.
- 7) El *colmado* era un comercio donde se vendía tanto comestibles como objetos de droguería y mercería.
- 8) Con el nombre genérico de *fruta sartién* se conocía a unos dulces fritos caseros, como los “*prestines*” y “*gañotes*”.
- 9) El *cajón de los cubiertos*, era una pequeña mesa de cocina que tenía debajo un cajón donde se colocaban los pocos cubiertos y útiles de cocina de la casa y junto a la *espetera*, eran dos muebles imprescindibles en el ajuar de “los pobres”.
- 10) *Aymé* es una interjección, ya en desuso, que significa “Ay de mí”.
- 11) *Sangajear* es una palabra del léxico restringido de Alanís, empleada para decir que algo se mueve debido al desajuste de sus partes. En castellano equivale a *zangolotear*.